



¹ Universidade de São Paulo, Escola de Enfermagem, Departamento de Orientação Profissional, São Paulo, SP, Brasil.
E-mail: genivalf@usp.br

Cuidado – esencia de la identidad profesional de Enfermería

Taka Oguisso¹, Genival Fernandes de Freitas¹

Como citar este artículo:

Oguisso T, Freitas GF. Care – the essence of the nursing professional identity. Rev Esc Enferm USP. 2016;50(2):xx-xx. DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/S0080-623420160000200001>

La creación del primer organismo de divulgación de la enfermería está vinculada a figuras de pioneras de la enfermería como Edith de Magalhães Fraenkel, primera directora de la Escuela de Enfermería de la Universidad de São Paulo, y Rachel Haddock Lobo, entonces directora de la Escuela Anna Nery, en Río de Janeiro. Relata la historia de que, en julio de 1929, la Asociación Brasileña de Enfermería, representada por Edith, había sido aceptada oficialmente como miembro del Consejo Internacional de Enfermeras (CIE)⁽¹⁾. En ese evento, Edith se encontró con su antigua maestra, Lillian Clayton, en la ocasión presidente de la Asociación Americana de Enfermeras, quien le dijo que “una profesión para desarrollarse necesitaba una asociación y una revista”⁽¹⁾. De la sugerencia a la concretización de la idea, se pasaron tres años de trabajos de ambas pioneras, quienes lanzaron la primera revista brasileña de enfermería, en 1932. Ahora bien, la Revista de la Escuela de Enfermería de la USP surgió en septiembre de 1967 por las manos de otra pionera notable, Maria Rosa Sousa Pinheiro, segunda directora de la misma Escuela, consolidando así la idea de Lillian Clayton respecto del desarrollo de la profesión. En ese primer número de la nueva Revista, que ahora está completando su cincuentenario, Maria Rosa dejó registrada la verdadera saga histórica de la fundación de la Escuela de Enfermería.

En el segundo volumen de dicha Revista, en 1968, Wanda de Aguiar Horta, otra figura legendaria y docente de la Escuela, en el anhelo de producir su teoría de enfermería, buscaba conceptualizar la enfermería, analizando las definiciones de Florence Nightingale y de otras notables de la profesión, como la Hermana María Olivia, de la Universidad Católica de América, y Virginia Henderson, terminando por presentar su propio concepto, basado en “asistir al ser humano en la atención a sus necesidades básicas”⁽²⁾. Desde aquella ocasión, ese tema conceptual viene permeando discusiones y estudios en el intento de definir la esencia de la enfermería, como forma de caracterizar su identidad profesional.

En los primordios de la profesión, cuando la enfermería la practicaban casi que exclusivamente las mujeres, las enfermeras eran fácilmente identificadas desde lejos dentro de los hospitales, en el medio de todos los demás profesionales, por la tradicional gorra, que era el símbolo universal de las enfermeras. Originalmente, la gorra se derivaba del hábito de las religiosas que cubrían el pelo con velos para significar recato y modestia. Se fue acortando el velo y adaptándolo a las candidatas a enfermeras y el mismo se convirtió en la gorra, que pasó a formar parte del uniforme de la enfermera, cuyo uso fue incluso estimulado por Florence Nightingale para dar apariencia profesional. Con el incremento del número de hombres en la profesión, quienes nunca llevaron la gorra, la necesidad de tener un uniforme común a ambos sexos y el tema de que las gorras podrían transportar microorganismos, aquel conocido símbolo identificador de las enfermeras cayó en desuso y desapareció en la década de 1970.

¿Cuál pasaría, entonces, a ser la identidad profesional de la enfermería? Teóricamente parece claro que lo que constituyó la identidad de ese profesional es la efectiva actividad de cuidar, diferenciándole de otros profesionales y convirtiéndose esta en la realización técnica y única entre todas las profesiones sanitarias. Con eso, el cuidado pasa a constituirse función esencial, fundamental, o la razón última que justificaría todas las actividades y competencias de los profesionales de enfermería. Sin embargo, si existe unanimidad en esa afirmación entre enfermeros, hay todavía que considerar las señales que estamos dispuestos a producir para demostrar dicha identidad. En la práctica, aceptamos que la función esencial de la profesión sea el CUIDAR, pero simultáneamente hay una fuerte resistencia a ACTUAR, de hecho, como cuidador⁽³⁾. ¿Por qué dicha contradicción? Uno de los motivos puede ser el hecho de que la actividad de cuidar se lleve a cabo en una fase oculta, es decir, se trata de aquel trabajo realizado en un episodio de dependencia del paciente, cuando él recibe cuidados de higiene, aun los más íntimos, y el cuidador, por sus propias manos, lo alimenta o conforta en sus necesidades fisiológicas. Otra razón histórica plausible remite a la historiografía del cuidado, teniendo en cuenta que esta formaba parte del rol de las actividades domésticas, vinculadas a las mujeres, un trabajo invisible y desvalorizado socialmente.

En ese sentido, las técnicas se constituyeron en instrumento de trabajo para el cuidado, y el saber administrativo en instrumento de trabajo para la organización del ambiente. De esa manera, la dimensión práctica de las técnicas y la dimensión práctica del saber administrativo resultaron la división técnica del trabajo en la enfermería: algunos agentes administrando y otros ejecutando⁽⁴⁾. Hay quienes consideren, no obstante, que “las funciones desempeñadas por la enfermera caracterizan así una sobrevalorización de los aspectos administrativos y de supervisión del personal asistente, en detrimento de los aspectos técnico-asistenciales, a pesar de ser estos los que evidencian la pericia y la excelencia”⁽⁵⁾.

Pocos pacientes recuerdan quién los bañó, cuidó, higienizó o atendió. Siempre es más glamuroso recordar y relatar a los amigos los exámenes y procedimientos sofisticados, o la cirugía, u otro tratamiento especializado a que fue sometido. ¿Cómo rescatar el valor del cuidado del ser humano sin menospreciar el valor de las tecnologías, que pueden contribuir con el primero como un muelle propulsor de la calidad y la seguridad asistenciales, tan preconizadas en los días corrientes? El ser que cuida no puede dejar de dar valor a las técnicas/tecnologías, ya que la enfermería consiste en “gente que cuida a gente”, como ya decía la profesora Wanda de Aguiar Horta en sus enseñanzas⁽²⁾.

Más recientemente, algunos autores⁽⁶⁾ también corroboraron esa necesidad de construir una identidad profesional. Aunque las características de la identidad profesional puedan alterarse a lo largo de los tiempos, la identificación como enfermera permanece una fuerza poderosa, brindándole reconocimiento dentro de un grupo social más amplio. En suma, la historia sugiere que la búsqueda por una identidad profesional agrega significados a la vida y al trabajo⁽⁷⁾.

REFERENCIAS

1. Carvalho AC. Associação Brasileira de Enfermagem, 1926-1976: documentário. Brasília: ABEn; 1976.
2. Horta WA. Conceito de enfermagem. Rev Esc Enferm USP. 1968;2(2):1-5.
3. Castell RMA. La identidad profesional de la enfermera. Rev Rol Enferm. 1992;15(170):39-44.
4. Almeida MCP, Rocha SMM. O trabalho de enfermagem. São Paulo: Cortez; 1997.
5. Carvalho V, Castro IB. Reflexões sobre a prática da enfermagem. In: Anais do 31º Congresso Brasileiro de Enfermagem; 1979 ago. 5-11, Fortaleza, CE. Fortaleza: ABEn; 1979. p. 51-9.
6. Johnson M, Cowin LS, Wilson I, Young H. Professional identity and nursing: contemporary theoretical developments and future research challenges. Int Nurs Rev. 2012;(59):562-9.
7. Lynaugh JE. Identity: the meaning of nursing. In: Baer ED, D'Antonio P, Rinker S, Lynaugh JE. Enduring issues in American Nursing. New York: Springer; 2002.